

## LOS VASCOS EN CADIZ EN LAS MEMORIAS DE RAIMUNDO DE LANTERY

El pascitarra José Antonio de Iriberrí

Por JOSE GARMENDIA ARRUEBARRENA

Aunque refiriéndonos a los años finales del siglo XVII, nos parece válida en gran parte la descripción que de Cádiz y de su ambiente hace Jorge Borrow, más conocido por «Jorgito el inglés» el año 1838 en su libro *La Biblia en España*. Borrow también nos suministra noticias de interés sobre el País Vasco, que no son de este lugar.

Escribe así: «Cádiz se alza, como es bien sabido, en una larga y angosta lengua de tierra que se adentra en el mar, de cuyo seno parece salir la ciudad; las ondas salinas bañan sus muros por todos lados, menos por el este, donde un istmo de arena la une con la costa de España. La ciudad, en su estado actual, es de construcción moderna y, a diferencia de todas las demás ciudades de la Península, está edificada con gran regularidad y simetría. Muchas son sus calles, y se cortan, por lo general, en ángulo recto. Son muy estrechas, en comparación de la altura de las casas y, por tanto, impenetrables a los rayos del sol, excepto en las horas del mediodía. Pero la calle principal es una excepción, y tiene cierta anchura. En esta calle está la Bolsa, las casas de los comerciantes más fuertes y la nobleza, y es durante la primera parte del día, punto de reunión de los ociosos y de los hombres de negocios, por lo que recuerda a la Puerta del Sol de Madrid... El verdor de los árboles, mirados desde la bahía, presta agradable descanso a los ojos, deslumbrados por el resplandor del caserío, todo blanco, porque Cádiz también es una ciudad radiante... En otro tiempo fue la más rica de España, pero ha decaído malamente de su prosperidad en estos últimos tiempos, y sus habitantes lamentan de continuo la ruina de su comercio... aún hay, sin embargo, mucha vida y mucho ruido en sus calles, adornadas con numerosas tiendas, bastantes de ellas

en el estilo de las de París. Su población actual se calcula en 80.000 habitantes» (1). Hemos preferido esta bella descripción a la que nos ofrecen fray Gerónimo de la Concepción (2) o el francés P. Labat, de regreso de Martinica y estancia durante el otoño e invierno de 1705-1706 (3).

Más o menos es en este ambiente, en donde se desarrolla la vida del comerciante piomontés nacido en Niza, Raimundo de Lantery. Mercader de Indias en Cádiz (1673-1700) escribió unas memorias para su familia y no con intención de publicarlas. Solamente conocemos la segunda parte de las mismas, ignorándose la primera (4). Nos encontramos en ellas con toda clase de noticias, relatos de toda suerte de sucesos y opiniones sobre los más variados aspectos. Nos permiten entrever la vida en Cádiz a fines del siglo XVII, y dentro de su actividad comercial, múltiple y variopinta la de numerosos y destacados vascos. «Que hay muchos en ésta», nos dirá (5).

Hay además otra razón poderosa que nos ha impulsado a entrar en sus páginas. Lantery era suegro de José Antonio de Iriberry, natural de Pasajes. Nada nos extraña que, dada esta vinculación, nos hable Lantery de los vascos en sus *Memorias*, y de personajes que nosotros hemos querido arrancar del olvido para conocimiento de sus paisanos y que en gran parte han sido celebrados por los historiadores de Cádiz.

En lo que sucedió y anotó en 1694 (6) encontramos una referencia a Diego de Iparraguirre (7). Hablando de Julián Gobín nos

(1) O. c., cap. 55, pp. 540 y ss.

(2) *Emporio del Orbe, Cádiz ilustrada* (Amsterdam, 1690).

(3) JUAN BAPTISTA LABAT, *Viaje por España*. Traducción de García Mercader en *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. (Madrid, 1962) (Editorial Aguilar) tomo III.

(4) *Memorias de Raimundo de Lantery, mercader de Indias en Cádiz, 1673-1700*. Publicadas por Alvaro Picardo y Gómez, (Cádiz, 1949).

(5) O. c., p. 305. La colonia vasca en Cádiz fue muy numerosa. En el término de 100 años —de los 210 que existió la Cofradía del Cristo de la Humildad y Paciencia— hemos contabilizado 1.620 cofrades, de los cuales el 98 por 100 son vascos.

(6) O. c., cap. XI.

(7) Bienhechor y administrador del Hospital de las mujeres en Cádiz, dueño del navío nombrado «Santa Cruz», nació en Irún el 7 de julio de 1636 y falleció en Medina Sidonia (Cádiz) el 17 de diciembre de 1700 y enterrado en la iglesia del convento de su fundación, al parecer incorrupto. Caballero del orden de Santiago, vasco emprendedor, humilde y callado.

dice que «éste y sus dos hijos se hicieron agustinos en Cádiz» y «la mujer y las hijas estaban en el convento nuevo de Medina Sidonia, que mandó fundar y fabricar Don Diego de Iparraguirre, que también es de la orden de San Agustín. Pues al cabo de muy pocos años se vio una cosa en dicha Medina Sidonia que no tiene ejemplar; que fue, el hijo mayor cantó su primera misa, el padre la Epístola, y el otro hermano el Evangelio, la madre servía de madrina y una hermana, también religiosa en el mismo convento, de ayuda en el coro para oficiar».

Recojamos ahora las referencias de menor tono, pero de interés, dejando para más tarde hablar de su yerno José Antonio de Iriberry y del capitán Juan de Manurga. Escribe que «el año 1687 vino a Sevilla por Presidente de la Casa de la Contratación don Pedro de Oreitia, natural de Vitoria en Alava, quien vino después a Cádiz al recibo de los sobredichos Galeones de don Gonzalo Chacón (8). En 1696 «se pusieron el hábito de Santiago en la iglesia de los Capuchinos, los dos hermanos Murguía, don Pedro y Don Andrés, con gran lucimiento» (9). «El 5 de agosto de 1697 salieron las tres naos de guerra para la Habana en que iban mandando don Martín Zabala (10) y don Juan Antonio de Iturriaga por su almirante (11) y éste murió en la Veracruz en este mismo viaje...».

Hallamos referencias de otros vascos como Domingo de Labarburu «criado y despensero, después Presidente de Manila», de «Juan de Aróstegui, contador de entradas y receptor del Almojarifazgo» (12), de los mercaderes Matías de Jáuregui (13) y del motricotarra Galdona e Ibarburu, a cuya familia se debe el Cristo de Zurbarán que figura en el baptisterio de la parroquia. Bastaría decir al lector que en el Archivo General de Indias obran diez legajos de estos

---

(8) O. c., p. 231. Si no muy numerosa, la colonia alavesa en Cádiz se componía de personalidades muy relevantes, como los Munárriz, Vea Murguía, Villarreal, Ortiz de Zárate, etc., etc.

(9) O. c., p. 259. Ambos hermanos, priostes de la Cofradía vasca del Cristo de la Humildad y Paciencia entre 1688 y 1703.

(10) Figuran varios Zabalas en la cofradía entre 1684 y 1724.

(11) Con este nombre y apellido figura en la Cofradía mencionada, pero casi un siglo más tarde. Puede ser algún nieto.

(12) Mejor dicho Juan Ibáñez de Arostegui figura entre los que contribuyeron a la compra del Patronato del altar mayor de San Agustín en Cádiz.

(13) Figuran, sin duda hermanos, Diego y Martín en 1684 y 1688.

mercaderes de oro y plata, que esperan la hora de un investigador (13 bis).

— : —

Ya advertíamos que el interés de las *Memorias* de Lantery radica para nosotros en las razones de ser suegro del pasaitarra José Antonio de Iriberry, moverse en el mundo comercial en que tanto destacaban los vascos y, por último, por referirse a una de las épocas de la historia gaditana, como es el último tercio del siglo XVII, en que se establece y crece el comercio con las Indias.

Veamos lo que dice del vasco más cercano y querido que tuvo a su lado: José Antonio de Iriberry. Hijo de Esteban, era natural de Pasajes. De condición marinero en el mar comenzó y acabó su vida. ¡Con qué cariño escribe de él, tratándole de mozo de tan grandes esperanzas! La primera noticia que de él nos da se refiere a 1691: «En este mismo viaje —escribe— llevó dicho conde de San Remy, don Luis de Egües y Beaumont, natural de Pamplona, a José Antonio de Iriberry, a quien lo había criado en su casa». Un poco después añade: «El 5 de julio de 1696 tuvo su primer hijo don José A. de Iriberry, de mi hija, a quien pusieron por nombre Esteban en memoria de su padre y yo, Raimundo de Lantery, fui su padrino».

Pero Cádiz vivía del mar y para el mar y las páginas de Lantery están penetradas de ausencias y de esperas: «El 28 de julio se puso a la vela la Flota de don Juan Gutierrez de Calzadilla con quien se embarcó mi yerno don José A. de Iriberry por ser maestro de permisión que llaman...».

En noviembre de 1699 le nació una nieta y registra el acontecimiento con estas palabras: «Convidó don Fernando de Valdera a toda la nación vizcaína y cada uno llevó una gran fuente de dulces en sus pañuelos, en que se gastaron más de 20 arrobas de ellos sin los que se comieron en casa y lo demás, porque fue un bautizo de gran ruido y todo esto lo hice por el dicho mi yerno y por lo mucho que yo le estimaba».

---

(13 bis) En los fondos del **Consulado de Cargadores a Indias** y en la correspondencia de particulares (0.9.6) **De la Casa Galdona** (1683-1701).

Son conmovedoras las páginas que escribe en torno al fallecimiento de su yerno y muy detalladas las circunstancias sobre el modo cómo tuvo la triste noticia. Lo recuerda de esta manera: «El año 1700 en un 9 de marzo vino la infausta noticia de la muerte en Veracruz de mi yerno José Antonio de Iribarri (que Dios haya) que sucedió en 6 de noviembre de 1699, estando toda la familia en Chiclana, a donde los había mandado para que se divertieran un poco. Se trajo la infausta noticia el capitán Miguel de Arburu, que no olvidaré en toda mi vida, porque dicha noticia fue el remate de todas mis dedichas con la consideración de haber perdido un mozo de tan grandes esperanzas y las cartas vinieron en esta forma: su compadre y albacea, don Domingo de Arangoiti (14), como sabía que yo lo había de sentir mucho, las envió a don Andrés Martínez de Murguía, previéndole que antes de dármelas buscasen forma de prevenirme (dolor) con que me cubrí la cara con la capa...». Su desconsuelo fluye llenando algunas páginas.

Hay que anotar la tardanza de las noticias en saberse, y las vigiliass, día y noche, en espera de las flotas de América. También que Chiclana era «el desahogo y quitapesares de la gente pudiente de Cádiz, además del testimonio de Antonio Ponz (15). Lo era también de muchos vascos como Diego de Iparraguirre, del correo mayor, natural de Vera, Martín de Alzate, del almirante Casadevante, de Fuenterrabía.

Al canónigo Larramendi, primo del autor de la *Corografía de Guipúzcoa*, escribía el P. Isla desde Pamplona el 25 de septiembre de 1745: «En el apacible retiro de Chiclana, me alegraré haya logrado Vm el gusto y el descanso de que le contemplo tan necesitado, en la amable compañía del paisano y compadre D. José Elorza...» (16).

---

(14) Personaje muy relacionado con los vascos de Cádiz.

(15) *Viaje de España*, tomo XVIII, p. 44. Nos referimos al vol. **Esclarecido solar de las religiosas recolectas de nuestro Padre San Agustín...** de Fr. Alonso de Villeriño, Theologo del Señor Nuncio en España y examinador del Tribunal de la Nunciatura. En Madrid, en la imprenta de Bernardo Villadiego, impresor de su Majestad. Año de M.DCLXXXI. Dice así: «Por ser Chiclana pueblo delicioso... es frecuentado de los que de Cádiz salen a divertirse; pues sobre ser el paraje a propósito para recreación, la buscan con tanta facilidad los de Cádiz, como la de entrarse en un barco, e ir gozando la hermosura de una apacible ría que termina en Chiclana».

(16) Figura como diputado de Guipúzcoa en la Cofradía desde 1773 a 1788.

Otro de los personajes, de quien habla con verdadero entusiasmo, es de Juan de Manurga. Referente al año de 1687 escribe así de nuestro personaje: «Aquella tarde llegué a Cádiz, a donde hallé todos mis amigos buenos, menos el capitán Juan de Manurga, que me dijeron estaba malo. Con que a la mañana lo fui a ver porque me hacía mucha merced... Con que se vino a morir de esa enfermedad al cabo de algunos días y se enterró en el convento de Capuchinos (17), de donde era su síndico y bienhechor, como todo Cádiz sabe y dejó toda su hacienda en obras pías (18) como se ejecutó y diré en su lugar. Los pobres perdieron mucho con la muerte de este buen caballero, porque fue siempre padre de los pobres, que si en Cádiz hubiera habido cuatro como su merced, a buen seguro que los pobres no hubieran padecido, porque tuve entendido entonces que llevaba este estilo; de lo que ganaba cada año hacía tres partes, la una para el gasto cotidiano de su casa, otra para los pobres y conventos de Cádiz, y la otra para los conventos pobres de fuera del lugar y me acuerdo que mi señora doña Juana, su esposa, solía decir: *Juan de Manurga quiere ser pobre y Dios no lo quiere que sea*, y me acuerdo que tratando un negocio suyo de entidad, en una casa de importancia de Cádiz, gozaron decirme que el capitán Juan de Manurga era un hombre muy de bien pero no rico, porque no le veían codicioso y era *muy limosnero*. Con que después de su muerte, como supiesen el caudal que dejó, me dijeron: Erramos nuestra cuenta, pero no se espante Ud., que muchos otros negocios podíamos haber hecho con su merced, que se nos han propuesto y no los hemos abrazado por esta opinión que corría en Cádiz, de que no tenía caudal propio y no me espanto que por fuera corriera esta opinión, cuando al mismo don Andrés Martínez de Murguía, que era tan de casa como se sabe, le he oído decir después que hizo inventario de su hacienda, que nunca hubiera creído que su señor hubiese dejado tanto caudal, pues pasó, según oí, de 200.000 pesos. Sólo he relatado esto para mover a los

---

(17) La construcción de este convento en 1652 la costeó, siendo Patrono, el capitán Juan de Jáuregui, de Gordejuela y administrador de los Reales Almirantazgos en la ciudad de Cádiz. Pintando los cuadros en la iglesia de resultas de un accidente falleció el pintor Murillo. Hoy en día no existe.

(18) Otorgó su testamento el 1 de octubre de 1685 ante el escribano Bartolomé Mora (Leg. 3.744) **Archivo Histórico Provincial**, Cádiz. Andrés Martínez de Murguía era sobrino suyo.

que lo leyeren, de encomendarlo a su divina Majestad, *porque poco o mucho no hay en Cádiz que no le tenga alguna obligación directa o indirecta*. Porque siempre procuró hacer el gusto a todo el mundo. Dios le haya perdonado». La cita, aunque larga, se merecía, y más teniendo en cuenta la rareza de ejemplares de estas Memorias.

Las noticias, que no las hemos agotado, que nos suministra Lantery sobre Manurga, están confirmadas en otros muchos documentos, como en el libro de reglas de coro de la Catedral (19).

La contrapartida de estos recuerdos elogiosos de los vascos la hallamos cuando escribe sobre el ajusticiamiento del caballero aragonés Manuel de Bolea y Abarca, que en unión de un mozo vizcaíno habían asesinado en su casa misma a un Alférez, camarada suyo: «Alevosamente lo mataron y pusieron dentro de un costal, y atravesado en un caballo, lo llevaron a enterrar en el retamar junto al almacén o castillo de la pólvora que estaba entonces y se volvieron a su casa muy frescos. Denunciado el hecho a la Justicia, rodeó ésta la casa, mientras los dos sitiados por una ventana echaron trastos de batir monedas con que agravaron su causa y los llevaron a la cárcel. Fueron condenados a ser degollados ambos, Bolea y el vizcaíno, lo que habiendo sabido los paisanos de éste, *que hay muchos en ésta*, por su mismo punto despacharon a toda diligencia a Madrid y a Vizcaya, por un privilegio que tienen que no pueden ser condenados, si no es por su juez conservador. Con que se suspendió la sentencia de dicho vizcaíno y solamente se ejecutó la del dicho Bolea... y dicen fue el mayor sentimiento que llevó al suplicio, de ver que el otro se quedaba teniendo en el caso tanta parte como él» (20).

Termina Lantery el suceso diciendo que con esta dilación escapó de la muerte y después se escapó de la cárcel, con otro, por la puerta principal, con una estratagema que hicieron.

Alguno esperaría un juicio sobre el hecho que nos narra Lantery. Dejemos que lo haga el lector.

---

(19) Cádiz, 1778, pp. 28, 35, 37, 38-39, 72-73.

(20) Agradezco la sugerencia y la fotocopia de este relato a Don Carlos Solís, hermano del autor de «Cádiz de las Cortes».

